

Herman Hesse

# Cuentos



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Traducción de Manuel Olasagasti, Feliu Formosa (para  
«Bajo el viejo sol», «El lobo», «De la infancia»).

Primera edición: 2019

Segunda reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© For this collection: 1973 Suhrkamp Verlag. All rights reserved

© New Hesse Material: 1973 Suhrkamp Verlag

© Alianza Editorial, S.A, Madrid, 2019, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9181-543-3

Depósito legal: M. 9.730-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,  
envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Bajo el viejo sol
- 67 El lobo
- 73 De la infancia
- 98 El alumno de latín
- 139 *Tædium vitæ*
- 167 El noviazgo
- 191 El aprendizaje de Hans Dierlamm
- 226 La ciudad
- 234 El fin del doctor Knölge
- 243 Pater Matthias
- 280 Robert Aghion
- 324 El ciclón
- 346 Si la guerra dura cinco años más
- 351 Alma infantil
- 392 La ciudad turística del sur
- 399 Sobre el lobo estepario
- 408 La clase interrumpida
- 428 El mendigo



## Bajo el viejo sol\*

En primavera, o en verano, o incluso a principios de otoño, cuando el día es suave y un agradable calor, que tampoco es excesivamente intenso, convierte en un placer la estancia al aire libre, la garganta donde la carretera gira formando un semicírculo en el Alpacher Weg, antes de las últimas casas elevadas de la ciudad, constituye un espléndido rincón. En la carretera que serpentea cuesta arriba se acumula continuamente el delicioso calor del sol; el lugar queda bien protegido de todos los vientos; unos cuantos árboles frutales, viejos y encorvados, brindan un poco de sombra, y el margen de la carretera, un ancho espacio, placentero y cubierto de césped, nos invita, con su benigna sinuosidad, a que nos sentemos o nos tumbemos en él. El blanco callejón resplandece bajo la luz y, con una pausada belleza, asciende monte arriba;

\* Título original: «In der alten Sonne» (1903).

a cada carreta de campesinos, a cada landó o a cada diligencia, hace que les siga un tenue polvillo, y, por encima de una línea inclinada de tejados negruzcos, interrumpida aquí y allá por copas de árboles, mira al otro lado, justamente al corazón de la ciudad, a la plaza del mercado, la cual, vista desde aquí, pierde mucho, sin duda, de su vistosidad, y sólo se nos aparece como un rectángulo extrañamente oblicuo, con edificios encorvados y escaleras exteriores muy salientes, y angostas entradas de bodegas.

En esos días suaves y soleados el agradable margen de aquella sinuosidad del camino montañoso está siempre ocupado, invariablemente, por un pequeño grupo de hombres que descansan; sus rostros atrevidos, que acusan la huella del tiempo, no corresponden exactamente a sus ademanes mansos e indolentes; el más joven de entre ellos raya por lo menos en los sesenta años. Están cómodamente sentados o rendidos al calor del sol; callan o sostienen breves diálogos, refunfuñando y murmurando entre sí; fuman toscas pipas negras y escupen a menudo, con aire de despreciar el mundo, lanzando la saliva monte abajo, en un arco audaz. Los aprendices que pasan acaso por allí, caminando con torpeza, son sometidos a su agudo dictamen y, según el resultado del mismo, saludados con un «¡adiós, amigo!», o despreciados en silencio.

El forastero que viese a aquellos viejecitos y preguntase en la calleja más próxima qué era aquel extraño puñado de haraganes podía saber, por boca de cualquier niño, que se trataba de los hermanos del sol, y más de uno volvía la vista nuevamente, veía el cansino tropel

pestañeando con indolencia al sol, y se admiraba de aquel nombre tan elevado, sonoro y poético que le habían dado. No obstante, hacía ya mucho tiempo que el astro del que los hermanos del sol habían tomado su nombre no brillaba ya en cielo alguno, sino que era únicamente el nombre que había figurado en la muestra de una mísera posada desaparecida unos años antes; el escudo y el esplendor de la misma se habían extinguido, porque el edificio servía últimamente de hospital, es decir, de asilo municipal, y albergaba sin duda algunos huéspedes que aún habían vivido el crepúsculo de ese sol del escudo, y habían agotado tras el mostrador la espera de su tutela y actual refugio.

La casucha, que era la penúltima del estrecho callejón y de la ciudad, estaba junto a aquel borde soleado de la calzada; presentaba un aspecto cansado, aparecía inclinada, como si le costase un gran esfuerzo sostenerse en pie, y nada dejaba ya entrever el jolgorio y el ruido de los vasos, los chistes y las carcajadas, las noches de franca-chela que había vivido, sin contar las alegres riñas y altercados. Desde que el revoque de color rosado que cubría la fachada principal se había desteñido completamente y aparecía desconchado en muchas de sus partes, el viejo asilo correspondía completamente, por su aspecto, a su función, lo que no deja de ser raro en los edificios municipales de nuestro tiempo. Daba a entender de un modo claro y sin tapujos que era refugio y techo para acoger a los náufragos y rezagados, que era el triste final de un estrecho callejón sin salida, desde el cual no podían ya aspirar a la vida ninguna clase de proyectos o de energías ocultas.

En el círculo de los hermanos del sol uno podía encontrar generalmente muy poco de la melancolía de tales consideraciones. Más bien vivían casi todos ellos sus últimos días, como corresponde a la naturaleza humana, como si todo les fuera viento en popa; hacían ostentación de sus pequeñas querellas, diversiones y juegos con todas sus fuerzas, cual si se tratase de importantes asuntos y acciones de Estado, y se tomaban tan en serio como podían no a los demás, pero sí cada uno a sí mismo. En efecto, actuaban como si, en el momento en que se apartaban de las calles ruidosas de la vida activa, empezara justamente el jaleo, y llevaban sus insignificantes asuntos actuales con un ímpetu y una tenacidad que generalmente habían omitido, por desgracia, en sus anteriores actividades. Al igual que otras gentecillas, aunque eran gobernados de un modo monárquico absoluto y considerados como seres sin existencia real y sin derecho alguno, ellos creían ser una pequeña república en la que todo ciudadano libre consideraba a los demás exactamente según su rango y posición, y se preocupaba activamente porque ni en un ápice lo estimasen menos de lo que merecía.

También esto tenían en común con otras gentes los hermanos del sol: vivían la mayor parte de sus destinos y satisfacciones, de sus alegrías y de sus dolores en la imaginación más que en la realidad. Un hombre frívolo podía declarar, básicamente, que la diferencia entre la manera de vivir de aquellos marginados y atascados y la de los ciudadanos activos se basaba tan sólo en la imaginación, puesto que tanto los unos como los otros despachaban sus asuntos y ocupaciones con la misma importancia, y, en definitiva, ante los ojos de Dios, no era peor



uno de aquellos pobres asilados que más de un gran señor cubierto de honores. Pero, sin ir tan lejos, puede resultar perfectamente que, para el espectador desapasionado, la vida de aquellos hermanos del sol no sea un objeto indigno de consideración.

Cuanto más avanzan los tiempos, y dado que la generación que ahora crece olvidará los nombres del viejo sol y de los hermanos del sol, y alimentará a sus pobres y a sus marginados de un modo distinto, tanto más deseable será poseer una historia del viejo edificio y de sus huéspedes. Como contribución de cronista a dicha historia, en las páginas que siguen se dará alguna información sobre la vida de los primeros hermanos del sol.

En los tiempos en que los actuales ciudadanos jóvenes de Gerbersau llevaban todavía pantalón corto o simplemente pañales, y en que a la entrada principal del posterior asilo campeaba aún sobre la calle un escudo de armas de hierro forjado con el sol de latón, emergiendo todo ello de la fachada de color rosáceo, un día de finales de otoño regresaba a su ciudad natal Karl Hürlein, hijo del herrero Hürlein, de la Senfgasse, muerto hacía muchos años. Pasaba un poco de los cuarenta y ya nadie le conocía, porque había emigrado siendo mozo y, desde entonces, no se había dejado ver más por la ciudad. Llevaba un traje limpio y de muy buena calidad, el pelo corto y bigote, un reloj con cadena de plata, bombín y cuello alto. Fue a visitar a algunos de sus antiguos conocidos y colegas, y en todas partes se presentaba como un hombre que se ha vuelto noble y distante, consciente de lo que vale, aunque sin arrogancia. Luego se encaminó al Ayuntamiento, enseñó sus papeles y declaró que quería

establecerse en la población. Desde este momento el señor Hürlin desplegó una actividad y una correspondencia misteriosas, emprendió a menudo pequeños viajes, compró una finca en el fondo del valle y, en el lugar que ocupó un molino de aceite incendiado, empezó a construir una nueva casa de ladrillo y, al lado de la casa, un cobertizo; entre la casa y el cobertizo construyó una enorme chimenea de ladrillo. Entre tanto se le veía algunas veces en la ciudad, donde pasaba la velada bebiendo algo; al principio se comportaba de un modo tranquilo y distinguido; pero, a los pocos vasos, hablaba con voz fuerte y enérgica, y no ocultaba que tenía bastante dinero para darse una vida de gran señor, que había gente que era holgazana y estúpida, mientras que otros eran genios y tenían un espíritu comercial; manifestaba que él pertenecía a este último grupo y que no tenía intención de descansar antes de llegar a poner los seis ceros tras la cifra inicial de su fortuna.

Los hombres de negocios con quienes deseaba tener crédito pidieron informes de su pasado y se enteraron de que, hasta entonces, Hürlin no había hecho un papel considerable en ninguna parte, sino que había trabajado, aquí y allá, en fábricas y talleres, y últimamente de capataz, pero que había recibido poco antes una herencia sustanciosa. Por consiguiente, le dejaron las manos libres y le concedieron cierto respeto; unas cuantas personas emprendedoras pusieron, además, dinero en su negocio, de suerte que no tardó en alzarse en el valle una fábrica relativamente grande, rodeada de pequeñas viviendas; en ella, Hürlin pensaba fabricar ciertos rodillos y piezas de maquinaria necesarias para la industria textil

lanera. No faltaron los pedidos; la alta chimenea humeaba día y noche, y durante unos años, Hürlin y su fábrica prosperaron del modo más satisfactorio, y gozaron de prestigio y crédito en abundancia.

Así alcanzó Hürlin su ideal y vio cumplido el viejo sueño de su vida. Sin duda, ya en su juventud, había hecho repetidos intentos de enriquecerse. Pero sólo aquella herencia, que le había caído en suerte de un modo casi inesperado, le había sacado a flote y permitido llevar a efecto sus viejos y audaces planes. Por lo demás, la riqueza no había sido su único anhelo, sino que, durante toda su vida, sus deseos más ardientes apuntaban a ocupar una posición elevada y de autoridad. También como jefe de una tribu de indios, o como consejero gubernamental, o como gendarme a caballo, se habría encontrado en su elemento, pero la vida de fabricante le pareció tan cómoda como soberana. Dar toda clase de órdenes con un cigarro en la comisura de los labios y una sonrisa de recelosa importancia en el rostro, de pie junto a la ventana o sentado a su escritorio, firmar contratos, escuchar proposiciones y súplicas, unir al rostro fruncido del hombre muy ocupado una sensación de comodidad indolente; ser a veces de una severidad inaccesible y otras veces de una condescendencia bondadosa, y sentir siempre, en cualquier circunstancia, que era un tipo importante y que muchas cosas dependían de él en el mundo, todo ello constituía ese don suyo, que sólo tardíamente halló su justa compensación. Lo tenía ya todo en abundancia; podía hacer lo que se le antojara, emplear y despedir gente, dar los suspiros de satisfacción de la riqueza adquirida con preocupación, y sentirse envidiado por mu-

chos. Todo ello lo disfrutaba y lo ejercía también con conocimiento y entrega; se dejaba mecer blandamente en la dicha y se sentía situado al fin por la fortuna en el lugar que le correspondía.

Pero, entre tanto, un competidor había hecho un invento tras la introducción del cual algunos de los artículos anteriores eran en parte innecesarios y en parte mucho más económicos, y como Hürlin, a pesar de sus aseveraciones, no era un genio y sólo entendía lo más superficial de su negocio, empezó a hundirse, al principio con lentitud y luego cada vez más de prisa, hasta que al fin no pudo ocultar que estaba arruinado. En su desesperación, intentó aún algunas trampas financieras temerarias, que acabaron por llevarle a él mismo y a una serie de acreedores a una turbia bancarrota. Huyó, pero fue detenido, condenado y encerrado, y cuando reapareció en la ciudad después de unos cuantos años era un hombre inservible e incapaz de dar un paso, un hombre con el que no había ya nada que hacer.

Pasó una temporada haciendo trabajos de poca importancia; pero ya en los tiempos apremiantes en los que veía acercarse el desastre se había convertido secretamente en un borracho, y lo que en aquellos momentos había quedado oculto y había escapado a la atención de la gente se hizo ahora del dominio público y se convirtió en un escándalo. Despedido de su pobre empleo de escribiente por informalidad, se convirtió en agente de una compañía de seguros, y en este trabajo recorrió todas las tabernas de la región; también le despidieron, y, al no rendirle nada un negocio de venta ambulante de lápices y cerillas, acabó por ser una carga para la ciudad. Duran-

te esos años cayó rápidamente en la vejez y la miseria absolutas, pero de su desaparecida grandeza había salvado una provisión de pequeñas tretas y detalles exteriores que le ayudaban a superar lo más grosero y que seguían produciendo cierto efecto en las posadas de poca monta. Se metía en las tabernas con ciertos gestos amplios y grandiosos, y con locuciones no menos pomposas, que desde hacía mucho tiempo se conservaban en él sólo de un modo superficial, pero gracias a las cuales gozaba aún de cierta consideración entre los vagabundos de la ciudad.

Por entonces, en Gerbersau no había aún un asilo para los pobres; por una módica cantidad esos seres inútiles eran sacados del calabozo municipal y cedidos a una u otra familia como pensionistas; allí se les proveía de lo necesario y, en lo posible, se les obligaba a efectuar pequeños trabajos domésticos. Pero como en los últimos tiempos esto dio lugar a toda clase de inconvenientes, y como al fabricante arruinado, odiado por la población, no le admitía nadie, la comunidad se vio obligada a proveerse de un edificio para que sirviera de asilo. Y como, justamente, la vieja y mísera posada del «Sol» había de ser derruida, el municipio la adquirió y metió en ella como primer huésped, al lado de un ecónomo, a Hürlin, a quien pronto siguieron otros muchos. Se les dio el nombre de hermanos del sol.

Hürlin llevaba ya mucho tiempo manteniendo íntimas relaciones con el «Sol», porque, desde su caída, fue visitando tabernas cada vez más pequeñas y más miserables y acabó frecuentando sobre todo la del «Sol»; pertenecía a sus clientes de cada día y tomaba sus vasos de aguardiente

vespertinos con unos cuantos compinches, en la misma mesa; éstos habían de seguirle, al llegar su hora, a aquel mismo edificio, como hermanos de asilo y pobres municipales despreciados por todos. A él le satisfacía irse a vivir precisamente allí, y en los días que siguieron a la venta pública del edificio, cuando carpinteros y ebanistas adaptaban con prisa y modestamente la vieja tasca a su nuevo objetivo, él se pasaba allí todo el día, de la mañana a la noche, y con la boca abierta.

Una mañana, en que el tiempo era bueno y hacía sol, compareció como siempre en el lugar, se colocó al lado de la puerta principal y observó el ajeteo de los trabajadores. Miraba extasiado y alegre, y pasaba por alto las malignas observaciones de los obreros; mantenía los puños hundidos en los profundos bolsillos de su mugrienta chaqueta, y sus pantalones regalados, demasiado largos y anchos, formaban arrugas en espiral, dando a sus piernas el aspecto de sacacorchos. El ingreso inminente en la nueva residencia, en la que esperaba llevar una vida cómoda y más hermosa, llenaba al viejo de alegre curiosidad e impaciencia.

Mientras observaba la colocación de los nuevos peldaños y valoraba en silencio las delgadas planchas de abeto del entarimado, sintió de pronto que le apartaban a un lado, y cuando se volvió en dirección a la calle vio que estaba allí un oficial de cerrajero con una gran escalera doble, que intentaba mantener en pie con grandes esfuerzos, sirviéndose de muchas tablillas de madera que usaba como cuñas sobre el suelo irregular de la calle. Hürilin se encaminó al otro lado de la calle, se apoyó en el guardacantón y siguió muy atentamente la actividad

del cerrajero. Éste había conseguido ya enderezar y asegurar su escalera; se subió a ella y empezó a rascar el mortero sobre la puerta principal con la intención de sacar el viejo escudo de la posada. Sus esfuerzos llenaban al exfabricante de tensión y también de melancolía, porque recordaba las muchas jarras de cerveza y copas de aguardiente trasegadas bajo aquel emblema, y recordaba, en general, el tiempo pasado. No fue pequeño su gozo al ver que el escudo de hierro forjado se mantenía tan firme en el muro y que el operario tenía que afanarse tanto para descolgarlo. ¡A menudo había sido tan grande la juerga bajo aquel pobre y viejo escudo! Cuando el cerrajero se puso a maldecir, el viejo sonrió satisfecho, y cuando aquél se lanzaba de nuevo a tirar y doblar, a sacudir y torcer, bañado en sudor y a punto de caerse de la escalera, el espectador sentía una satisfacción no menos grande. Entonces, el operario se fue y regresó al cabo de un cuarto de hora con una sierra para serrar metales. Hürlin vio entonces que el venerable ornamento estaba definitivamente perdido. La sierra silbó con fuerza al penetrar en el hierro de buena calidad, y a los pocos momentos el férreo brazo, con una queja, se dobló un poco y no tardó en caer sobre el empedrado de la calle, resonando con estrépito.

Entonces Hürlin cruzó la calle.

—¡Eh, cerrajero —le pidió con humildad—, dame eso! Ya no sirve.

—¿Por qué? ¿Quién eres? —le dijo el hombre en tono grosero.

—Soy de tu misma religión —imploró Hürlin—; mi viejo era cerrajero y yo también lo he sido. ¡Anda, dámelo!

Entre tanto, el oficial había recogido el escudo y lo contemplaba.

–El brazo aún está bien –decidió–; no fue un mal trabajo en su tiempo. Pero si quieres esta parte de latón, puedes quedártela; ya no vale para nada.

Arrancó la guirnalda de hojas de latón pintadas de verde, de las que colgaba el sol dorado, con sus rayos abollados y ya de color cobrizo, y se la entregó. El viejo le dio las gracias y se alejó con su botín, para esconderlo más arriba, entre las espesas matas de saúco, manteniéndolo a cubierto de la codicia y la curiosidad ajenas. Así, tras una batalla perdida, esconde un paladín las insignias de su poderío, a fin de salvarlas para días mejores y nuevas glorias.

A los pocos días, sin muchas alharacas, tuvo lugar la inauguración del nuevo asilo, instalado con pobreza. Se habían traído unas camas y el resto de los enseres procedía aún de la posada; por otra parte, un donante había hecho colocar en cada uno de los tres pequeños dormitorios una sentencia bíblica sobre una tapa de cartón, rodeada por guirnaldas de flores pintadas. Para el puesto de ecónomo, sacado a concurso, no se habían presentado muchos solicitantes, y la elección recayó inmediatamente en el señor Andreas Sauberle, un tejedor de lana que llevó consigo su telar y continuó con su trabajo, porque el puesto no daba apenas para vivir, y él no tenía el menor deseo de convertirse, al llegar a viejo, en uno de los hermanos del sol.

Cuando al viejo Hürmlin le enseñaron su cuarto lo sometió en seguida a una detenida inspección. Se encontró con una ventana que daba al pequeño patio, dos puertas, una cama, un arcón, dos sillas, un vaso de noche, una es-



coba y un trapo para sacar el polvo; había además un estante rinconero cubierto con un hule, sobre el que descansaban, tumbados o de pie, un vaso de agua, una jofaina de hojalata, un cepillo para la ropa y un Nuevo Testamento. Comprobó la solidez de la cama, probó el cepillo en su sombrero, examinó a la luz del día el vaso y la jofaina, se sentó en las dos sillas para probarlas y vio que todo era satisfactorio y conveniente. Únicamente desaprobó la flamante sentencia bíblica, rodeada de flores, que colgaba en la pared. La miró un rato con expresión sarcástica; leyó las palabras: «¡Hijitos, amaos los unos a los otros!», y meneó insatisfecho la hirsuta cabeza. Luego descolgó la cosa y, con mucho cuidado, colgó en su lugar el viejo emblema del sol, la única pieza de valor que había traído a su nueva casa. Pero en este preciso instante volvió a entrar el ecónomo y le pidió en tono de reprensión que volviese a poner la sentencia en su lugar. Se disponía a llevarse el sol y tirarlo, pero Karl Hürlein lo agarró con furia, proclamó a gritos su derecho de propiedad y, acto seguido, escondió el trofeo, entre maldiciones, debajo de la cama.

La vida que se inició al día siguiente no correspondió en absoluto a sus esperanzas, y, por de pronto, no le gustó nada. Tenía que levantarse a las siete de la mañana y tomar el café en el cuarto del tejedor; luego había que hacer la cama, limpiar la jofaina, lustrar las botas y hacer toda la limpieza de la habitación. A las diez había un pedazo de pan negro, e inmediatamente se iniciaba el temido trabajo del asilo. Habían descargado en el patio un gran cargamento de madera de haya, y era preciso serrarla y convertirla en astillas.

Como aún faltaba mucho para el invierno, Hürlin no se daba precisamente mucha prisa con la leña. Con lentitud y precaución, ponía un tronco de haya en el tajo, lo enderezaba de un modo ceremonioso y se quedaba un rato pensando por dónde serraría primero, por la derecha, por la izquierda o por en medio. Luego colocaba la sierra con cuidado, la retiraba otra vez, se escupía las palmas de las manos y volvía a tomar la sierra. Daba dos o tres pasadas, penetrando más o menos un dedo en la madera, e inmediatamente volvía a retirar la sierra, la examinaba con la mayor minuciosidad, retorció la cuerda, tocaba el filo, lo inclinaba ligeramente, lo sostenía un buen rato reluciendo a la luz ante sus ojos, y por último suspiraba profundamente y descansaba un poco. Acto seguido, empezaba de nuevo y serraba hasta una media pulgada de profundidad, pero entonces le venía un calor insoportable y tenía que quitarse la chaqueta. Lo hacía con lentitud y prosopopeya; se pasaba además un buen rato buscando un lugar limpio y seguro para dejar en él la chaqueta. Finalmente, cuando lo había hecho, volvía a serrar, aunque no mucho rato, porque el sol había sobrepasado ya el tejado y le daba de lleno en la cara. O sea que tenía que trasladar el tajo, el tronco y la sierra, cada cosa por separado, a otro sitio donde hubiera sombra todavía; esto le hacía sudar, y necesitaba entonces su pañuelo para limpiarse la frente. No tenía el pañuelo en ningún bolsillo, y se le ocurría que estaba sin duda en la chaqueta; así que se encaminaba hacia el lugar donde estaba la chaqueta, la desdoblaba limpiamente, buscaba y encontraba el pañuelo coloreado, se limpiaba el sudor, se sonaba al mismo tiempo la nariz, volvía a guardar el

pañuelo, doblaba la chaqueta con todo cuidado y regresaba, ya más fresco, al lugar donde estaba el tajo. Una vez allí, no tardaba en descubrir que tal vez, anteriormente, había dado una inclinación excesiva al filo de la sierra; se ponía, por tanto, a operar largo rato en ella, y finalmente, entre grandes gemidos, acababa de serrar el tronco. Pero para entonces era ya mediodía y sonaba el reloj de la torre; se ponía la chaqueta a toda prisa, dejaba la sierra a un lado y se dirigía a la casa a comer.

—Desde luego, sois puntual; hay que concederlo —decía el tejedor.

La asistenta entraba la sopa; luego había coles y una lonja de tocino, y Hürlin comía con apetito. Después de comer había que continuar serrando, pero entonces él se negaba resueltamente a hacerlo.

—No estoy acostumbrado —decía con enojo, y no había quien le sacase de ahí—. Ahora estoy muerto de cansancio, y tengo que tomarme un descanso.

El tejedor se encogía de hombros y decía:

—Haced lo que queráis; pero quien no trabaja no merienda. A las cuatro hay sidra y pan, si habéis serrado; si no, no habrá nada hasta la cena.

Sidra y pan, pensaba Hürlin, y se sumía en profundas dudas. Volvía a bajar y a tomar la sierra, pero le horrorizaba el trabajo del mediodía, con el calor; abandonaba la leña, salía a la calle, encontraba una colilla de puro en el adoquinado, la recogía y ascendía lentamente el medio centenar de pasos hasta la curva. Allí se detenía para cobrar aliento, se sentaba a un lado de la calle, junto a la linde del campo, donde hacía un agradable calorcillo, miraba hacia abajo, hacia los numerosos tejados y la pla-

za del mercado; podía ver, asimismo, en el fondo del valle, su antigua fábrica, y fue el primero en inaugurar aquel paraje como hermano del sol, un lugar en el que, desde aquel entonces hasta hoy, tantos de sus camaradas y sucesores han pasado sus tardes estivales y a menudo también las mañanas y las noches.

Lo contemplativo de una edad libre de preocupaciones y molestias, que él había esperado de su estancia en el asilo, y que durante la mañana se le desvanecía como un hermoso sueño a causa del desagradable trabajo, iba reapareciendo poco a poco. Con los sentimientos de un pensionista que tiene la vida asegurada contra las preocupaciones, el hambre y la falta de hogar, gustaba de tenderse perezosamente en el césped; sentía en su piel marchita los cálidos rayos del sol; dominaba con la vista, hasta muy lejos, el escenario de sus actividades, su trabajo y sus penas, y esperaba sin impacientarse a que pasara alguien para pedirle fuego con que encender su colilla de puro. El estridente martilleo de un taller de hojalatería, el lejano ruido del yunque de un herrero, el débil chirrido de carretas alejadas, ascendían hacia lo alto mezclados con un poco de polvo callejero y de humo tenue de chimeneas grandes y pequeñas, y demostraban que allá abajo, en la ciudad, se martilleaba, se limaba, se trabajaba y se sudaba de lo lindo, mientras Karl Hürlin reinaba sobre todo ello en su elevado éxtasis.

A las cuatro entraba sin hacer ruido en la estancia del tejedor, que movía a compás la palanca de su pequeña máquina de tejer. Esperaba un ratito, por si al final le daban sidra y pan; pero el tejedor se reía de él y le mandaba salir. Entonces, decepcionado, regresaba a su lugar de

descanso, murmuraba entre dientes, pasaba una hora o más medio dormido y luego contemplaba la puesta del sol en el estrecho valle. En lo alto, se estaba tan caliente y tan cómodo como antes, pero su buen humor iba disminuyendo poco a poco, porque, a pesar de su indolencia, le vencía el aburrimiento y, además, sus pensamientos volvían una y otra vez a la merienda perdida. Veía ante sí un gran jarro lleno de sidra, amarillo y resplandeciente, del que salía un aroma de suave acidez. Imaginaba que lo tomaba en su mano, el gran jarro redondo y frío; que se lo llevaba a los labios; que tomaba primero un sorbo largo, y luego pequeños sorbos, para hacer durar la bebida. Suspiraba con rabia al despertar del hermoso sueño, y toda su ira se concentraba en el despiadado ecónomo, en el tejedor, en aquel roñoso, mezquino, explotador, negrero y judío venenoso. Cuando había despotricado bastante, empezaba a sentir lástima de sí mismo y se ponía lloroso, para acabar decidiendo que al día siguiente trabajaría.

No veía cómo el valle empalidecía y se llenaba de dulces sombras, y cómo las nubes se volvían de color rosáceo, ni tampoco la coloración suave del cielo en el crepúsculo, ni el color azul que, sigilosamente, iban adquiriendo las montañas; veía sólo el vaso de sidra que le esperaba por la mañana y la dureza de su suerte. Porque tales consideraciones le asaltaban cada vez que pasaba un día entero sin bebida. No podía pensar siquiera lo que ocurriría de tener entonces un vaso de aguardiente.

Encorvado y de mala gana, bajaba hasta la casa a la hora de la cena, y se sentaba a la mesa con expresión hosca. Había sopa, pan y cebolla, y comía con furia mientras